

CARTA A UNOS JÓVENES HONDUREÑOS QUE QUIEREN ESCRIBIR CUENTOS

Mariasun Landa Etxebeste

Tengo que agradeceros que me escribáis de tan lejos, de vuestro país al mío hay muchos kilómetros, un océano, unas grandes e injustas diferencias económicas, pero vuestro interés me conmueve, trataré de ser muy concreta, muy práctica, ya que los pocos consejos que os puedo ofrecer tienen que ver con mi experiencia y no con las teorías literarias que tan pacientemente escuchasteis cuando estuve con vosotros.

Son algunos de los consejos que dirijo a mis alumnos y alumnas de aquí, en el curso de Talleres Literarios que imparto en mi universidad, la del País Vasco, jóvenes que, como vosotros, también quieren experimentar la escritura de textos literarios.

Los expondré por orden, como si cogiera un tren que fuera parando en unas estaciones que son siempre las mismas, a pesar de las diferentes lenguas, del clima, del horario y de los paisajes que ese tren recorre.

El viaje de escribir literatura se hace más cómodamente si tenéis en cuenta estas sencillas recomendaciones: **jugar a escribir, saber estar sentado, mandar de casa al intruso, y practicar un poco de cocina.**

Jugar a escribir

Empecemos por pensar que escribir textos literarios es jugar.

Por ejemplo, jugar a escribir todo lo que se nos ocurra. Los pensamientos, los recuerdos, las asociaciones son como mariposas, hay que cazarlas al vuelo. Las imágenes son siempre mucho más rápidas que la mano, luego hay que permitirse escribir lo que se nos ocurra, las mayores tonterías; no releer, no intentar controlar, no preocuparse por la ortografía, la puntuación ni la gramática. Ya habrá tiempo de revisarlo todo más tarde. Si sale algo de vosotros que os asusta, que os lleva por derroteros que consideréis peligrosos no salgáis corriendo, zambulliros dentro.

Durante mucho tiempo, para esta fase empleé un grueso rotulador negro, de esos que escriben

rápido, casi escriben por su cuenta, lo cual no deja de dar al juego un punto de emoción, de excitación. Luego, utilizaba otro rotulador muy fino, lento y exasperante, que parecía haber sido concebido para tachar, corregir, puntualizar, emborronar todo lo que su colega grueso había escrito. Si os gustan los cuadernos como a mí, escribid en ellos. O en folios usados por una cara, como hago yo en la actualidad. El ordenador está muy bien para pasar a limpio, pero también podéis teclear con toda furia. No conozco ningún ordenador que se haya quejado por ello. Escribid donde queráis, en posavasos de cafetería, servilletas de papel, billetes de autobús o rollos de papel higiénico. Pero escribid. Jugad.

Saber estar sentado

Todo juego tiene sus reglas y escribir supone tener un mínimo de disciplina. Todos sabemos que hay muchas cosas que nos pueden tentar desde el exterior: recados, llamadas telefónicas pendientes, hasta colgar la ropa puede convertirse en algo importantísimo y urgente. Yo he tenido que prohibirme terminantemente poner la lavadora en marcha cuando me pongo a escribir. Y, a veces, sigo cayendo en la tentación.

Pero sobre todo amenaza el conocido terror a la página en blanco. Es verdad, muchas veces sucede. Parece que no se nos ocurre nada de nada. Un desierto, una pantalla sin imágenes, un corazón anestesiado, una imaginación embotada... Bien, no importa: seguid sentados. Poned un tiempo y practicad algún truco bien conocido. Por ejemplo alguna de las propuestas recogidas por Gianni Rodari en su *Gramática de la Fantasía*: ¿Qué pasaría si...? ¿Qué pasaría si llamasen ahora a la puerta y apareciese un cocodrilo? ¿Qué pasaría si este cocodrilo nos dijera que se ha escapado del zoológico y quiere vivir en nuestra casa?... ¿qué pasaría si... y seguid tirando del hilo. O la ensalada de cuentos, o el binomio fantástico, u otro tipo de ayudas: ¿Qué tipo de animal sois?... O un comienzo del tipo: Recuerdo que... ¿no os ha pasado alguna vez algo que os gustaría contar? ¿No os gustaría escribir sobre algo que no ha pasado pero que os gustaría que os hubiera ocurrido?

No hace falta decir que a esta fase de disciplina hay que añadirle una virtud muy mal vista hoy en día: la paciencia.

Y si a pesar de todo, no se os ocurre nada, perdonaros. Forma parte del juego.

Mandar de casa al intruso

Cuando nos ponemos a escribir hay que estar dispuestos a tener algunas visitas muy inoportunas. Son de esas visitas de las que huiríamos si no hubiera sido uno mismo quien les ha invitado a sentarse en la butaca de casa. Visitas que tienen por exclusivo que hacer torpedear lo que se le acaba a uno de ocurrir, de susurrarle a uno por los bajines que lo que está escribiendo es una solemne tontería, un tópico, una vulgaridad. O nos miran inquisitorialmente, nos echan huevos podridos desde los palcos y, lo que es peor, llaman a una serie de personas para que opinen sobre lo que estamos pensando hacer o haciendo. Estas personas pueden ser las más queridas, odiadas o temidas. Pueden ser despreciadas y despreciables, pero también se sientan en casa y es realmente fatigoso ir las sacando, una por una.

No importa, es algo con lo que hay que contar. Y cuanto más se escriba, más intrusos aparecerán, pero nos cogerán cada vez más preparados. Llegaremos hasta a saludarles. "¡Hombre, tú por aquí! ¿Qué tal?" Hasta que, en algún momento, porque la actividad literaria conoce muchos estados de ánimo distintos, logremos encontrar la casa vacía o a los invitados medio dormidos, o con nosotros mismos que nos reímos de nuestros tontos bloqueos y entonces la escritura fluya, fluya, fluya.

Los intrusos, los censores, aunque una misma sea quien los invita, nunca hacen bien a la literatura.

Practicar un poco de cocina

Cualquiera que tenga buen paladar, incluso paladar literario, sabe que un plato rico, por muy sencillo que sea, ha necesitado su mimo, su tiempo, su dedicación...

Si os he insistido, anteriormente, sobre otros momentos más exultantes que podrían relacionarse con lo que tradicionalmente se ha llamado inspiración o la forma de provocarla, en este momento aludo claramente a la transpiración, a la elaboración, a la relectura, a la corrección, a la eliminación, al análisis y a la autocrítica a la hora de escribir. Es una fase fundamental, a veces ingrata, pesada, fatigosa, pero la única que

nos asegurará de que el plato cocinado tenga un paladar agradecido que lo disfrute. Y el primer comensal al que hay que satisfacer, el más importante, al fin y al cabo, es uno mismo. Corregir y corregir, hasta que llegue un momento, también muy importante, donde haya que retirar por fin el puchero del fuego y dar por terminado el guiso. No es fácil, os lo aseguro, pero siempre hay que tomar la decisión, en un momento dado, de dar por terminado eso que emprendimos con gozo, que nos tuvo retenidos a una silla, que superó los ataques de los invitados críticos y fue trabajado con tesón y cuidado lo mejor que se pudo.

Siempre nos quedará la nostalgia de lo que quisimos escribir y lo que, en realidad, escribimos. Pero, como dice el dicho, lo mejor es enemigo de lo bueno. Yo acostumbro a decirme: bueno, al menos, lo he hecho lo mejor que en estos momentos podía hacerlo.

Mi carta termina hoy aquí. Ya me diréis cómo va transcurriendo el viaje literario, si os han servido de algo los consejos que me pedíais. Los abrazos y los recuerdos ocupan el resto del espacio que me queda, Tegucigalpa ocupa un gran sitio en mi corazón. ¿Lo sabéis, verdad?

